



La Santa Sede

**ALOCUCIÓN DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II
A LOS OBISPOS DE GAMBIA, LIBERIA Y SIERRA LEONA
EN VISITA «AD LIMINA APOSTOLORUM»**

Castelgandolfo

Lunes 5 de octubre de 1981

Queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

1. Os habéis constituido en una unida Conferencia Episcopal Interterritorial —que comprende Gambia, Liberia y Sierra Leona—, y como tal os reunís hoy aquí. A través de esta unión mutua encontráis ayuda fraterna, afrontáis los problemas comunes y buscáis los medios eficaces para predicar el Evangelio de Cristo. Pero por encima de todo, en ocasiones como la presente, tenéis la oportunidad de vivir lo más plenamente posible entre vosotros el misterio de la unidad de la Iglesia: *Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum* (Sal 132 [133]: 1).

2. Estas mismas ventajas se aplican también, de otro modo, a vuestra visita *ad Limina*. Aquí vosotros y vuestras comunidades eclesiales locales encuentran el apoyo de la Iglesia universal. Aquí tenéis la seguridad de contar con el interés y la preocupación personal del Obispo de Roma, quien testifica ante vosotros el amor que toda la Iglesia os tiene. Aquí la Santa Sede se esfuerza por compartir con vosotros las cargas de vuestra función y vuestros problemas comunes; aquí buscáis y recibís entre hermanos la solidaridad y el apoyo necesarios para el pleno cumplimiento de vuestra misión de anunciar a Cristo. Respecto a esto, la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos, y todos los que en el mundo están asociados con ella en la colaboración por las misiones, os aseguran sus oraciones, su estima y el deseo de ayudarlos.

3. Como obispos, habéis venido a Roma para invocar a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y para hallar fuerza ante sus tumbas. Con ellos os acercáis fácilmente a Jesús. Con Pedro confesáis a Jesús ante el mundo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16). Y con Pablo reiteráis vuestra profunda convicción de que Jesús es para todos nosotros "sabiduría,

justicia, santificación y redención" (*1 Cor 1, 30*).

Esta convicción sobre Cristo explica todo vuestro ministerio y todos vuestros esfuerzos para llevar su nombre ante vuestro pueblo. Explica el deseo que tenéis de predicar su Evangelio de salvación. Vuestra fe en el Hijo de Dios os sostiene en el afán por reunir a vuestro pueblo mediante la palabra y el sacramento en una familia eclesial, una comunión. Porque personalmente habéis aceptado el misterio escondido durante siglos y revelado en Cristo, por eso mismo os sentís impelidos a comunicar a Cristo a los demás, proclamando el contenido de su revelación como la gran aportación original del cristianismo.

4. Vuestro ministerio está colocado bajo el signo de la esperanza, ya que Jesús es nuestra redención y lo es todo para nosotros. Vuestra esperanza, en la Palabra de Dios; vuestra confianza, en sus promesas. Contáis con su ayuda cada día, como contaban también con su ayuda vuestros predecesores misioneros. Vuestros sentimientos son, en efecto, idénticos a los del Apóstol Pablo: "Pues por esto penamos y combatimos, porque esperamos en Dios vivo" (*1 Tim 4, 10*). Con esta esperanza apostólica, queridos hermanos, avanzad celosamente en vuestros trabajos pastorales. Proclamad incesantemente el misterio de Cristo y de su Iglesia, concordes con la sublime enseñanza del Concilio Vaticano II, y en fidelidad a todas sus directrices.

Continuad con vuestro ministerio formando a la generación joven en Cristo y presentándoles el reto totalizante del Sermón de la Montaña. Dios, ciertamente, os premiará, como hará también con todos los que han trabajado con vosotros en la promoción de las escuelas católicas y de tantos servicios como esas escuelas prestan a la comunidad católica y a la sociedad en general.

No ceséis de presentar la enseñanza de Cristo acerca de la justicia y el amor fraterno a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, en todos los niveles de la sociedad. Haciéndolo así promoveréis la armonía y el bienestar de las mismas naciones de las cuales formáis parte.

5. De modo muy especial continuad ejercitando vuestro celo apostólico en la promoción de vocaciones religiosas y sacerdotales para Cristo. "Echad sobre El todos vuestros cuidados" (*1 Pe 5, 7*), y rogad "al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (*Mt 9, 38*). Apelad a vuestro pueblo para que entienda cuán vitalmente necesario es esto para la comunidad, y lo importante que es la contribución de la familia cristiana para alentar las vocaciones eclesísticas. Pedid al pueblo la oración y el sacrificio que Dios requiere de la comunidad para que los jóvenes puedan recibir la gracia de perseverar con puro y generoso amor en el seguimiento de Cristo. Pedidle especialmente a los enfermos y a los que sufren que ofrezcan sus padecimientos, en unión con los del Salvador, por esta santa intención.

6. Gracias a un esfuerzo pastoral conjunto, tenéis ahora un seminario interterritorial dentro del vicariato apostólico de Monrovia. Esta iniciativa apostólica común merece vuestro continuo interés

y vuestra total atención personal —vuestra atención individual y colectiva—. El seminario es de capital importancia para la vida de la comunidad cristiana y para el futuro del Pueblo de Dios. En el seminario la Palabra de Dios debe ser auténticamente vivida y fielmente transmitida en su integridad, en obediencia al mandamiento de Cristo y para el bien de todas las generaciones futuras de vuestro pueblo. La fidelidad en la transmisión de la fe y la diligencia en la formación de los seminaristas son actividades pastorales de la mayor importancia para los obispos: son expresiones de profundo amor pastoral. Con profundo discernimiento, ciertamente, el Concilio Vaticano II se refirió al seminario como "el corazón de la diócesis" (*Optatam totius*, 5).

7. Amados hermanos, en esta visita *ad Limina*, con iodo vuestro corazón, renovad vuestra confianza en Jesucristo y en su Espíritu Santo. Con el poder del Espíritu Santo la Palabra de Dios ha sido sembrada, ha crecido y ha producido ya una rica cosecha para el Reino de Dios. En medio de experiencias y dificultades el Espíritu Santo ha sostenido a vuestros predecesores, a vosotros mismos y a vuestro clero. El continuará estando con vosotros y en vosotros, y obrando por medio vuestro.

Yo ahora os pediría que transmitierais mi bendición apostólica a todo vuestro pueblo. En particular os pido que llevéis a vuestros sacerdotes, religiosos y demás colaboradores en el Evangelio el mensaje de la esperanza cristiana que juntos hemos celebrado en Roma: "Pues por esto penamos y combatimos, porque esperamos en Dios vivo" (1 Tim 4, 10).

Y hasta que el Señor venga en la gloria, que María, fiel Esposa del Espíritu Santo, sea para el pueblo peregrino de Dios en vuestras amadas tierras "signo de esperanza cierta y de consuelo" (*Lumen gentium*, 68). Que la Madre de Jesús os acompañe a todos con su amor maternal.